

Tánger, la andaluza

Si en Marrakech están los Scimientos que anclan a Marruecos en África, en Tánger está el balcón que abre ese país a Europa y América. Por eso Marruecos necesita hoy más que nunca a Tánger, porque sus múltiples, amplias y hermosas estancias aún están llenas de excesivo polvo, de numerosas telarañas, de oxígeno empobrecido. Es un secreto a voces que los marroquíes necesitan vigorosas corrientes de aire fresco que, sin derrumbar la mansión —más sólida, por lo demás, que muchas de sus vecinas en el continente africano y el mundo árabe-musulmán—, les permitan respirar más desahogadamente. Estoy hablando, por supuesto, de democracia, de empleo, de equidad social y de limpieza en la gestión de los asuntos públicos.

Ahora bien, el mundo, y muy en particular España, también necesita a Tánger. Una de las grandes lecciones de lo que llevamos de siglo XXI es que la libertad, la prosperidad y la seguridad en Europa y América dependen en buena medida de que Marruecos, el Magreb, África y el universo musulmán también dispongan de unos mínimos razonables de libertad, prosperidad y seguridad. Y como en tantas ocasiones en el pasado, Tánger es un balcón privilegiado para la entrada en las tierras del sur de ideas, personas, inventos, mercancías, tendencias, proyectos, sueños e inversiones.



© JESUS MAQUEDA

La buena noticia es que, a diferencia de los tiempos de Hassan II, que castigó a Tánger con su soberana indiferencia cuando no manifiesto desprecio, las élites que ahora gobiernan Marruecos, empezando por el rey Mohamed VI, parecen conscientes de la importancia estratégica que esa ciudad tiene para el conjunto de su país. De ahí que la urbe fundada por Anteo y los territorios de alrededor lleven unos cuantos años en permanente estado de obras. En cuanto al regreso de una presencia importante de europeos a Tánger, tanto en busca de descanso o inspiración como en calidad de empresarios o cooperantes, atestigua la renovación de un compromiso histórico.

Así que fue una pena que Tánger no resultara elegida como sede de la Exposición Universal del año 2012. Como percibieron muchos marroquíes —y también el grupo de españoles que les apoyó en ese empeño—, la celebración de tal evento en Tánger hubiera sido más positiva para el diálogo de civilizaciones que cientos de conferencias académicas y cumbres políticas. De hecho, la candidatura tangerina se presentaba con un lema que no podía ser más explícito: “Rutas del mundo, encuentro de culturas. Por un mundo unido”. El fantasma de ese gran viajero que fue el tangerino Ibn Battuta debió removerse de alborozo en su tumba. Otra vez será. Entretanto, el objetivo español sigue siendo el estable-

cido en los años ochenta del siglo XIX por la Sociedad Geográfica de Madrid: ni Pirineos ni Estrecho. Si lo primero, con la pertenencia de España a la Unión Europea y su mutuamente provechosa alianza con Francia, es un hecho, lo segundo aún deja que desear. No es culpa, cabe decir, ni de este Gobierno, ni de las empresas instaladas en el país magrebí, ni, mucho menos, de los españoles comprometidos con la causa de la amistad entre las dos riberas del Estrecho de Gibraltar, no pocos de ellos instalados en Tánger o visitantes asiduos de la ciudad. De Tánger, de sus especificidades geográficas, culturales y humanas, de su período de ciudad internacional y su posterior decadencia, se ha dicho todo o casi todo. O tal vez no. Pariente de las antaño grandes ciudades cosmopolitas del Mediterráneo musulmán (Alejandría, Beirut, Estambul), Tánger, por su situación entre ese mar y el océano Atlántico, ha tenido, y tiene, una dimensión peculiar: la americana. Ya a comienzos del siglo XX, un presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, se interesaba por sus asuntos políticos con el célebre: “Quiero a Perdicaris vivo o a Raisuni muerto”. Desde entonces, la lista de americanos relacionados con Tánger es enorme, incluyendo escritores como Paul Bowles, William Burroughs, Truman Capote, Tennessee Williams y Jack Kerouac y millonarios como Barbara Hutton y Malcom Forbes.

Así que mediterránea y atlántica a la vez, encrucijada feraz entre el sur y el norte (África y Europa), y entre el este y el oeste (Asia y América), Tánger es, definitivamente, una ciudad andaluza. Como Granada, como Sevilla, como Cádiz. Y al decir esto, no estoy pensando, faltaría más, en ninguna ampliación de la Comunidad Autónoma de Andalucía al norte de Marruecos. No, ese ser andaluz en el que pienso no es político ni administrativo; tampoco racial o religioso. Es cultural, entendiendo cultura como una forma de vivir lo grande y lo pequeño, de vivir en el barrio y en el mundo.

Tánger, la andaluza

Así que mediterránea y atlántica a la vez, encrucijada feraz entre el sur y el norte (África y Europa), y entre el este y el oeste (Asia y América), Tánger es, definitivamente, una ciudad andaluza. Como Granada, como Sevilla, como Cádiz. Y al decir esto, no estoy pensando, faltaría más, en ninguna ampliación de la Comunidad Autónoma de Andalucía al norte de Marruecos. No, ese ser andaluz en el que pienso no es político ni administrativo; tampoco racial o religioso. Es cultural, entendiendo cultura como una forma de vivir lo grande y lo pequeño, de vivir en el barrio y en el mundo.

Ese ser andaluz ni tan siquiera es lingüístico. Puede expresarse en castellano, francés, inglés, italiano, portugués, árabe, bereber o jaqueíta, hablas todas ellas, por cierto, utilizadas en Tánger. Por mucho que sorprenda esta afirmación, el plurilingüismo es algo muy andaluz. Como lo es la pluralidad de estirpes: fenicios, latinos, bereberes, árabes, judíos, africanos, godos, anglosajones... La pureza racial, nacional o religiosa con la que sueñan los locos más peligrosos del planeta está en las antípodas de lo andaluz.

El periodista Eduardo Haro Tecglen, que conoció el cenit y el crepúsculo del Tánger cosmopolita, tenía una definición fantástica para la ciudad: decía que es "un estado de ánimo". Pues sí, un estado de ánimo para vivir la vida con gusto, con calma, con humor. Para vivirla con la mente curiosa,

el corazón abierto y el cuerpo gozoso. Para procurar embellecer cualquier lugar y cualquier momento. Un estado de ánimo pleno de liberalidad y estética.

Cabe precisar que lo andaluz de Tánger o de sus hermanas del norte del Estrecho tampoco es meramente lo andalusí. Es evidente que el rico legado de Al Andalus es una parte sustancial de lo andaluz, pero lo andaluz es más, bastante más, que ese legado, no en vano han pasado cinco siglos. En este sentido, puede decirse que la medina de Fez es maravillosamente andalusí, un auténtico viaje al pasado común, mientras que Tánger, en sus zocos y en sus barrios modernos, es contemporáneamente andaluza. Por Tánger, como por Jérez o Málaga, han pasado, y dejado una intensa huella, muchos ingleses, franceses, alemanes y americanos desde que Boabdil fuera destronado.

En *Rostros, amores, maldiciones*, su última obra, Mohamed Chukri escribió: "Tenía un amigo que opinaba que aquel que no supiese soñar su vida debía venir a Tánger". Es un consejo excelente. Sirve para lo personal –Tánger te hace soñar que allí es posible comenzar una nueva vida– y sirve para lo colectivo –la superación del Estrecho tendría que ser el sueño común de marroquíes y españoles–. Y es que, en la región del mundo que nos ha tocado habitar, el siglo XXI será andaluz o no será. □

JAVIER VALENZUELA

Judíos de Marruecos: el comienzo de los comienzos

El escritor Haïm Zafrani cuenta en su libro *Mille ans de vie juive au Maroc*¹ que históricamente los judíos son el primer pueblo no bereber que llegó a las tierras que hoy se conocen como Magreb y que ha continuado viviendo en Marruecos hasta el presente. Según Zafrani, Joab ben Seruya, jefe de los ejércitos de David, llegó hasta la actual isla tunecina de Djerba, a Tánger, a Fez y al valle del Draa en los confines del Sáhara persiguiendo a los filisteos.

Zafrani reconoce no obstante que no se poseen documentos epigráficos ni otros testimonios sobre estos hechos que pertenecen a la leyenda. Leyenda cuestionada porque incluso en Israel se duda sobre la existencia del rey y el reino de David, que supuestamente envió a Seruya a combatir a los filisteos tan lejos de sus fronteras. El periodista israelí Daniel Gavrán, escribía en *Ariel, la Revista Israelí de Artes y Letras*² en 1996, el año en que los judíos del mundo celebraban el tercer milenario de la fundación de Jerusalén por el rey David, que "La mayor parte de los israelíes acepta, en forma axiomática, que las celebraciones del 3.000 aniversario de la conquista de Jerusalén por el rey David señalan un acontecimiento real y tangible, pero está lejos de ser así. El relato bíblico sobre la toma de la ciudad es el único con que contamos y en opinión de la mayoría de los estudiosos modernos, la Biblia no constituye un documento histórico enteramente confiable... lo más que se puede decir es que probablemente existió un gobernante israelita llamado David, que convirtió a Jerusalén en su capital en algún momento del siglo X a.c."

Los cronistas del siglo XIV relatan que Idriss II, el fundador en el siglo IX de Mulay Idriss y de Fez, de la dinastía de los idrissis, ya encontró a su paso tribus bereberes, judíos, y cristianos, lo que confirmaría la precedencia de los judíos sobre los árabes en tierras del norte de África. No todos habían llegado en esa

presunta persecución de filisteos, sino que muchos procedían de la Península Ibérica y se habían trasladado a lo que hoy es Marruecos y Argelia huyendo de las persecuciones de los vándalos.

Las conquistas árabes a partir de 636 modificaron favorablemente para los judíos su estatuto en las tierras que antes habían estado bajo la dominación de Roma y los judíos, al igual que los cristianos, recibieron el estatuto de *dhimmi* (protegidos) bajo el cual vivieron con una cierta autonomía desde el siglo séptimo hasta el final del Imperio Otomano. Autonomía por supuesto onerosa, a cambio de una tributación especial, la *jyza* o capitación, y las *hedyas* o regalos al sultán, pero autonomía al fin y al cabo. El destino de los judíos marroquíes dependió siempre del talante hacia ellos de los sultanes marroquíes. De una manera general, los idrissis les trataron bien y la prosperidad y el esplendor cultural de Fez atrajo a judíos de Túnez, de Egipto, de Persia, de Babilonia y de Iberia. Cuando los reyes zirís, una dinastía bereber originaria de la Cabília argelina, ocuparon Fez en 1032 masacraron a los judíos de la ciudad.

Con los almorávides siguientes (1060-1130) la ciudad de Fez pierde poder, la capital se traslada a Marraquech, fundada en 1070, y por África y al-Andalus se extiende un islam rigorista y fanático predicado por Ibn Tumert (1080-1128) fundador del movimiento almohade (*al-Muwahidun* – los unitarios) que